

## EL OLOR DE DIOS

El pasado viernes lo empecé leyendo “Brida” de Paulo Coello y “Una Desolación” de esa gran diva de las letras francesas que se llama Yasmina Reza. Las páginas de Coello llenaban mis pulmones de golosinas, y el empalago me obligaba a trepar a la novela de Reza, donde las frases estaban infinitamente mejor escritas. Pero recientes expediciones por volcanes de sentimientos me habían dejado muy extenuado, y los dulces de Coello me sentaron de maravilla. Paradójicamente estos dos libros antagónicos dicen lo mismo: el ser humano chapotea en un océano de preguntas sin respuesta y de pasiones sin control. Coello propone ser valientes y fascinarse con el misterio del mundo. Y, sobretodo, que nos atrevamos a amar a lo bestia. Reza no propone nada porque es una intelectual con glamour. Y además es muy guapa, la condenada, pero no se deja hacer fotos por desconocidos. Su novela es el monólogo de un anciano que, entre otros bombardeos a discreción, le reprocha a su hijo que sea tan estúpido como para sentirse feliz, como para encontrar plenitud en una sociedad blanda, sin pasiones, que licua los grandes ideales, y en la que hay individuos que estallan de plenitud practicando windsurf. Reza ha escrito una novela muy brillante, como lo fue su obra de teatro “Arte”, pero se doblega ante esa estética del pesimismo que hace subir la cotización de un intelectual, sobretodo si es francés.

Aquella tarde fui a visitar un molino en venta, ubicado cerca de un pueblo castellano casi perdido. Tardé muy poco en localizar a la dueña, la cual aplacó mis ansiedades con una sonrisa de ochenta años. “Vamos caminando, hijo. Son sólo diez minutos.” Y anduvimos esos diez minutos por un camino polvoriento que separaba un río cuajado de árboles de unos páramos tensos de tomillo. Fui estúpidamente feliz paseando con aquella anciana, muy despacio, contagiándome de su senil entusiasmo por la cantidad de nueces que acunaban los nogales. Llegamos al molino y empezó a soplar el viento. Y la luz de aquella tarde se empapó del olor de los tomillos. Me pareció que olía a Dios. (Esto nunca lo escribiría un intelectual francés por miedo a perder sex-appeal.)